

SEVERO CURIÁ

REGOCIJO

NOVELA

CARTA-PRÓLOGO DE

JOSÉ MA SALAVERRIA



A su Eduardo Gárguís
afectuosamente

E. Gárguís

REGOCIJO



860-31

$\frac{I}{II-4}$ Literatura

51.84.456

SEVERO CURIA MARTINEZ

REGOCIJO

(NOVELA)

Carta prólogo

de

José María Salaverria



Imp. ROMERO.-Tenerife

1930

R110666

604987278

ES PROPIEDAD

DEDICATORIA

À la isla de Tenerife

Fotografiados en las refinas de mis ojos tus bosques y tus campos verdes; tus poblados y tus valles pintorescos... Impregnado mi cuerpo de los flúidos vitales de tu clima dulce y reparador... Entrañado con el amor, la alegría, la bondad y la nobleza, que brotan del corazón de tus hijos... Y mezclando hermosas realidades con alguna que otra fantasía, escribí esta novela que tengo el placer de dedicarte.

EL AUTOR.

DEMOGAFIA

A la luz de la historia

El estudio de la demografía en la historia es un campo que ha experimentado un desarrollo constante. Desde las primeras estadísticas de población en el siglo XVIII hasta los sofisticados modelos demográficos actuales, la investigación ha buscado comprender cómo y por qué cambian las estructuras de población a lo largo del tiempo y el espacio. Este análisis se centra en los factores que influyen en la natalidad, la mortalidad y la migración, así como en el impacto de estos cambios en el desarrollo económico y social de las sociedades.

EL AUTOR



Carta Prólogo

Mi querido amigo Severo Curiá: Es usted tan bueno, que me remite su novela "Regocijo" para que pueda recrearme con su lectura antes de ser impresa. Pero al mismo tiempo es usted tan comprometedor, que me ruega precisamente aquello que para mí suele resultar más difícil. Si alguna vez ejerzo la crítica, siempre es a título de aficionado y por incitaciones del momento. Por tanto, le aconsejo a usted que no conceda demasiada importancia a lo que diga acerca de su obra. Tome mis palabras como meras impresiones de un lector que, eso sí, pondrá en ellas el

interés más grande y una auténtica sinceridad.

En su novela resalta con singular simpatía su amor hacia el paisaje canario. No puede extrañar esto a los que conocemos su espíritu desde muchos años atrás. El culto que usted dedica a la Naturaleza lo aprendió sin duda en su hermosa tierra natal de la costa mediterránea; después se acentuó frente a las verdes colinas del país vasco y en la dulzura contemplativa de su permanencia en San Sebastián; más tarde le conquistó a usted la grandeza y majestad del Pirineo, y fruto de esa etapa de su vida de viajero es su hermoso libro descriptivo sobre "El Valle de Benasque y sus Maravillas". Ahora se halla usted bajo el imperio de una nueva sugestión paisajista. La dulce, variada y en fre-

Carta Prólogo

cuentes casos sublime naturaleza canaria lo ha prendido a usted entre sus encantos, y usted, como en férvida ofrenda, le tributa este breve y sentido libro: "Regocijo".

Al leerlo, y con esto creo dedicarle el mejor y más justo elogio, se me ha renovado el antiguo deseo de quedarme a vivir una temporada en las islas Canarias. En mi ya numerosos viajes a América he podido contornear las islas, divisarlas en la soledad del Atlántico, recrearme con la contemplación de sus ingentes montañas, pasear las calles de Santa Cruz de Tenerife y las plazas nobles y silenciosas de La Laguna. Pero siempre ha sido en la fugacidad de una escala. Y siempre me he dicho que sería deliciosamente reparador para la mente y los nervios castigados una vida de placer, o sea

Carta. Prólogo

de ocio contemplativo, en el interior de Tenerife, para mí desconocido.

La lectura de "Regocijo" me ha puesto delante de panoramas y cosas que ignoraba, y que al ser conocidas por intermedio de usted han adquirido una honda virtud de tentación. Si usted, en su novela, tanto como crear un problema puramente novelesco se ha propuesto realizar una descripción propagandista de la isla hermosa, no hay duda que ha logrado su finalidad. De la lectura de sus páginas trasciende un amor entusiasta, una poesía cautivadora. La naturaleza y las costumbres canarias adquieren un hondo acento de belleza y una emoción llena de simpatía. Creo que con su libro ha hecho usted, amigo Curiá, una obra de atracción de la más positiva excelencia.

Carta Prólogo

Tales son las impresiones que la lectura de su hermosa narración me ha suscitado. Impresiones que alguna vez espero comunicarle directamente, cuando me detenga una temporada en ese país encantador y le obligue a usted a servirme de guía por todos esos rincones que usted conoce y ama como nadie.

José M.^a Salaverría.

Madrid 29 de Abril de 1930.

1910

El presente documento es una copia de un documento original que se encuentra en el archivo de la biblioteca de la Universidad de la Laguna. El original es un libro de la colección de la biblioteca de la Universidad de la Laguna. El libro es un libro de la colección de la biblioteca de la Universidad de la Laguna. El libro es un libro de la colección de la biblioteca de la Universidad de la Laguna.



I

Después de una ausencia larga
vuelve Pepe Cruz a Tenerife,—Salutación.
Desembarque.—La novia ausente.
Paseo por la Capital.



uando la claridad del amanecer penetró en el camarote, saltó Pepe Cruz de su litera; vistióse rápidamente y subió a cubierta.

Allá enfrente, algo a la derecha, se recortaba en el horizonte la silueta de la isla; entre la comba del mar y la bóveda celeste, que se iban tiñendo de azul.

Y la vió emerger, cada vez más, de las aguas y venir hacia él con rapidez. El barco parecía esperarla fondeado.

Y el sol, asomándose por allá, por las costas africanas, la pintó de oro y rosa con su beso matutino.

Pepe Cruz, hóndamente emocionado, tendió hacia élla sus brazos, cual si quisiera

Severo Curiá

estrecharla contra su corazón y la saludó con tal expansión amorosa:

¡Salve, isla de Tenerife! Perla del Atlántico... ¡Isla de mis ensueños y de mis amores!...

¡Dios te guarde, isla querida... Regocijo de mi corazón y de mis ojos!...

¡Salve, isla de los bellos paisajes; de los espléndidos panoramas; de las roqueras costas y de las altas cumbres, que son miraderos de las Mil Maravillas!...

¡Isla encantadora!... Que hasta tus tierras calcinadas y tus alturas silentes, engalanas con *balos* verdes y sedosos; con *tabaibas* lechosas y floridas; con *cardones*, de jugo cáustico, que semejan candelabros de orfebrería mágica, y con retamas flexibles, que nievan sus blancas flores sobre la lava teideana .. ¡Salve! ¡Salve!

Y vió acercarse la Punta de Anaga, con sus cantiles rojo-amarillentos y sus cumbres vestidas de verde esmeralda. Luego el pintoresco pago de Igueste, guarecido en su vallecito; después el sendero serpentina que bordea los *Órganos* y, a poco, el pago de San Andrés, asentado cabe la orilla del mar.

Regocijo

Pasan después tres barrancos, que bajan de las cumbres verdes; y el palacio flotante, para no chocar con la isla, que parece echársele encima, inicia el retroceso, que es detenido por la gruesa cadena del ancla.

Gira luego lentamente, desorientando al viajero distraído, que busca ansioso la isla, desaparecida un momento.

Y Pepe Cruz subió su mirada por el Tahodio, hasta la cumbre, encapuchada con blanca niebla; la dirigió luego hacia las vertientes de la izquierda y recorrióla por Almeida, los senderos, en zigzags, de los Campitos; las casitas posadas, cual gaviotas, en las laderas y cumbrecitas; las Mesas, con sus nacientes bosquecillos y la linda casilla del guarda.

Más abajo, recostado en la falda, el Quisisana, cual romántico castillo, rodeado de árboles y jardines.

Luego los lindos hoteles; la ciudad, refulgiendo al sol sus polícromos edificios; la torre de San Francisco; las líneas de las calles; las manchas verdeoscursas del arbolado de las plazas; la Cuesta Vieja, bordeada de casillas de vivos colores; la carretera, por do serpea

Severo Curiá

el tranvía y la enhiesta chimenea de la estación. Más allá los cerros cónicos de Ofra y Taco y las montañas escalonadas hasta Izaña, tras de la cual se columbra el Pico del Teide.

Recogiendo la mirada, vió Pepe cómo descendía la montaña, hasta besar el mar; formando antes una muralla gigantesca frente a Güimar. Más acá otras vertientes y altozanos cada vez más próximos; luego la costa; el Lazareto, los castillos, el matadero, el encaje metálico de las torres de la Rádio, el cuartel de San Carlos, el Hospital y la Concepción, con su torre acéfala. Más cerca la fábrica de la luz eléctrica, el viejo castillo, la Marina, Ingenieros, Club Náutico, y las gabarras, veleros y vapores fondeados.

Y después de echar un vistazo a las pequeñas embarcaciones, que se balanceaban allá abajo, alrededor del trasatlántico, bajó a la falúa, que puso proa al desembarcadero.

Aunque la travesía fué breve, Pepe Cruz se dió pronta cuenta del movimiento e importancia del puerto: al ver cómo la falúa sorteaba, en su derrota, un gran número de embarcaciones; al ver la grúa, que, con su brazo de Titán, iba construyendo la ciclópea

Regocijo

muralla del muelle; al ver los vapores atracados, tomando y dejando carga y, pegados a ellos, los pailebotes y *fruterillos*, recibiendo y ofreciendo lingadas, que las potentes plumas iban depositando, ya en las amplias bodegas, ya en las cubiertas respectivas. Al oír aquel ruido ensordecedor de grúas, máquinas, cadenas, pitadas, timbres, bocinazos y voces mil; de marineros, tripulantes, cargadores y conductores de autos, camiones, coches y carros; que apenas podían salir de aquel atolladero, por entre las enormes pirámides de fardos, cajas y bultos de diverso género, que obstruían hasta el paso destinado a los transeuntes.

Era Pepe Cruz un joven dotado de tan bellas cualidades, físicas y morales, que le hacían ser muy apreciado por las gentes.

Nacido en Santa Cruz y de la clase media, había estudiado en el Instituto y héchose Perito en la Escuela de Comercio. Y como tenía parientes en Cuba, allá encaminóse, llevando como equipaje, además del acostubrado, muchas ilusiones y el retrato de su novia Carmita.

Severo Curiá

Llegó y venció. Con aquella esmerada educación; aquellas afabilidad, simpatía y nobleza, que irradiaban de su persona y aquel ángel que llevaba en su cara, no podía menos de vencer. Y extendió y engrosó los negocios de sus parientes. Y a la edad en que otros comienzan a orientarse en la vida, Pepito, como le llamaban los suyos, ya se había hecho una fortuna, que, a querer, le permitía regresar a Tenerife, vivir de sus rentas y hasta compartirlas con Carmita, cuya linda mano era el Norte que le había guiado en su viaje reciente.

Si grande fué la sorpresa de tío Pancho, no fué menor la de Pepe, cuando aquél le soltó la noticia.

—Carmen no está aquí. Embarcó para la península, acompañando a su madre, que va a consultar con especialistas de no sé qué enfermedad. ¿Les avisaste tu regreso?

—Sí. pero han debido cruzarse nuestras cartas y no habrá recibido mi cable. Mi intención era venir directo, pero los negocios me obligaron a cambiar el itinerario, por Nueva York, Londres, París y Barcelona.

Regocijo

—¡Caramba, caramba!.. Llégate a su casa, a ver si averiguas algo. En élla encontrarás a la abuelita Isabel, o al *palanquin* de tu futuro cuñado. Oye: ¿Sabes con quién corteja ahora?.. Con Lolita Díaz.

—¿Con Lolita *Cascabel*?.. Tal para cual.

—Quiá, hombre. Lolita vale más que tu cuñadito en ciernes. Y más que las que creen injuriarla con su *nombrete*; que son unas cuantas solteronas amargadas, cuyo mayor placer es romper noviazgos y deshacer bodas. ¿Te ríes?.. Ya tú veras como se metan contigo. Así que no eres buen pez, para que dejen de echarte el anzuelo...

¡Y con mucho *engodo*, para que piques!

Si quieres bien a Carmita prevenla contra las malas mañas y anónimos de esas prójimas.

—¿Que si quiero a Carmita?.. Todos mis afanes, desvelos y trabajos han sido por élla. Toda mi fortuna, juntamente con mi persona, las pondré en sus manos. Seis años há que marché de aquí, llevándome su palabra de esposa. Seis eternidades, en que nuestro amor se mantuvo con cartas llenas de pasión, promesas y esperanzas. ¡Seis siglos; sin que jamás desapareciera su imagen de mi pensamiento!

Severo Curiá

—Bien haces en quererla. Ella también te quiere y guarda una fedelidad, ya casi desusada por muchas jóvenes de hoy, que no parece sino que quieren abolir, con las líneas, perfiles y formas del cuerpo, las maneras y sentimientos femeninos... Sí; quíerela mucho; que bien se lo merece, por su belleza y honestidad. Yo apenas le veo, aunque soy un corretón. Únicamente alguna que otra vez y siempre acompañada de su mamá, o de su hermano. Lástima que sea tan romántica y novelera.

En casa de Carmen, sita en el barrio de los Hoteles, la abuelita, sonriente y placentera, recibió a Pepe y, enterada del motivo de su visita, díjole que las niñas regresarían dentro de breves días.

Siendo otro de los grandes deseos de Pepe visitar detenidamente la isla y sus pueblos, aquel mismo día empezó por la capital, encaminándose por la calle de Alfonso XIII (para él siempre del Castillo) viendo pasar gran número de automóviles, camiones, coches y carros y observando que ya se iban sustituir

Regocijo

yendo algunas casas bajas y vetustas con otras más altas y lujosas.

Subió hasta la plaza de Weyler, en donde tantas veces se entusiasmó contemplando los uniformes de gala, en las recepciones de la Capitanía General, que ostentaba, allí enfrente, su fachada ámplia y palatina. Siguió por la Rambla de Pulido, para él casi desconocida ahora, con sus anchas aceras, sus nuevos arbolillos, iguales y equidistantes; sus modernos edificios y su hermosa calzada.

Echó de menos, en la plaza de la Paz, el corpulento y frondoso *pimentero*; aunque reconoció que el sitio se había hermoñado con los jardinillos y las palmeras; con las edificaciones de su alrededor y con la perspectiva del paseo del XI de Febrero.

Siguió por éste, contemplando las nuevas barriadas de casas y hoteles, hasta la calle de Viera y Clavijo, echando también de menos las datileras, que tantas pedradas recibieran de sus pecadoras manos. ¡Pero, cuánto había ganado aquel paseo y aquel barrio, con las nuevas construcciones! ¡Qué urbe tan ideal se iba formando por abajo y cerca del Quisisana!

Severo Curiá

¡Oh! Aquel trozo de calle; desde el paseo hasta el palacio municipal ¡Aquella plaza del 25 de Julio. Con su taza y bancos dignos del Parque sevillano. Con sus palmeras pomposas, su césped verdino y sus vistosas flores. Alegrada con niños, de cabellos de oro y cara de rosas, cuyos juegos y voces cristalinas compiten con el revolar y greguería de los pajarillos, que cantan sus amores en la tupida fronda de la arboleda!..

Entró en el Palacio Municipal, admirando su régio salón al que tantas veces se asomó, en su vida de estudiante y la labor de los empleados en sus dependencias. Después, por Méndez Núñez y Numancia, llegó a la plazuela de Don Irineo; rinconcito fresco y umbrío, con un pequeño estanque mapa de Tenerife, una miniatura del Teide y pececillos de colores a su alrededor.

Visitó el Instituto; se encaminó a la calle de San Roque, en la que admiró dos soberbios edificios, destinados a fábricas de Tabacos y se dirigió a la plaza del Príncipe, digna de llevar tal nombre.

¡Aquellos altos y frondosos laureles, gigantes de su especie; que entoldan el ámbito

Regocijo

de la plaza y albergan entre sus hojas miriadas de pajarillos parleros! ¡Aquella fuente redonda, en cuyas aguas frescas besan las libélulas, picotean las avecillas, manotean los niños y viven los pintados pececillos!..

¡Aquel frescor, aún en el rigor del verano, y aquella tibieza, aún en el invierno pleno, que no se encuentran en ninguna ciudad continental, norteña ni mediterránea!..

¡Oh, plaza principesca! ¡Oh, plaza de ensueño! Qué plácido bienestar siente el cuerpo en tu recinto versallesco ¡Cómo goza el espíritu, contemplando tu belleza y en la serenidad de tu ambiente!..



II

En la Ciudad de La Laguna.

Vuelta por Taganana, Punta Anaga y San Andrés.



la mañana siguiente, ya salido y alto el sol, Pepe se dirigió a La Laguna. Y, para contemplar mejor lo que durante el trayecto se domina, se decidió por el tranvía.

La carretera vá serpenteando. El vehículo se desliza, oscilante, por las curvas pendientes del camino, bordeado de arbolillos, adelfas y lindos hoteles. Los paisajes pintorescos. El panorama encantador. Ya son los espejeantes embalses, que brillan al sol matutino; las trapezoidales parcelas de verde esmeralda. Más abajo la polícroma edificación de la urbe. ¡Toda la gama del color!..

Más abajo todavía, los mástiles y chimeneas de los barcos. En la punta del muelle, la titánica grúa, semejando un monstruoso

Severo Curiá

cañón que amenaza destruir a San Andrés. Hacia el Sur los grandes edificios de la Iglesia, Hospital, Cuartel y las fábricas de la luz eléctrica y del gas; entre ellas las cuatro torres metálicas y, allá, al fondo, las aguas del mar azul, cuyas ondas van a besar otras costas lontanas.

Allí, a la derecha, la Cuesta Vieja, calzada a manera de las que Roma construía en las Galias. Al otro lado, las barrancadas; las acequias, serpentinadas, que faldean sobre el Quisisana; la montaña de las Mesas; la boca de la mina bermeja y la montaña hendida por Plutón. Cruza luego el pago de la Cuesta, la Higuerita, el pintoresco santuario de Gracia, la Cruz de Piedra, la subida de San Cristóbal, cubierta por el ramaje de árboles frondosos y llega al Tanque de Abajo; entrada de La Laguna; antigua capital del Archipiélago; la Atenas canariense; con un clima tan agradable, que la hace ser predilecta como residencia estival.

Cuando Pepe descendió del tranvía aún llevaba en su retina el continuo y variado paisaje recorrido; siempre entre casitas, hotelitos, huertas, árboles, nopales, geránios y

Regocijo

otras mil flores; en los campos, jardines, ribazos y azoteas, que bordean los lados de la hermosa carretera; inmenso tobogán desde la Cuesta al Fielato.

La Laguna es una ciudad encantadora; con sus grandes y nobles edificios; sus vías urbanas, anchas y rectas; sus plazas, verdaderos ramilletes de flores; sus huertos y campos; sus alrededores incomparables, con sus caminos, bordeados de palas, piteras, tarajales, zarzas floridas, geránios y rosas; sus bosques y sus montañas; y los paisajes y panoramas que desde ellas se divisan.

Pepe, en sus años de niño, no sabía apreciar tanta belleza como la que ahora se le entraba por los ojos y le despertaba el sentimiento artístico, que se halla, más o menos dormido, en todo cerebro humano.

Y se extasió contemplando las fachadas, balcones y escudos de las casas señoriales; los retablos y púlpitos de los templos; las celosías de los conventos y el Instituto; que tiene algo de castillo feudal... ¡Oh, aquel patio de ensueño!..

Y aspiró la fragancia de las flores, en las plazas y paseos, y el aroma penetrante de

Severo Curiá

los eucaliptos que entoldan los caminos de Tejina y de las Mercedes y subió a San Roque, Mesa Mota y Púlpito, contemplando dilatados y espléndidos panoramos. ¡Cuánto mar por ambos lados; cuánta montaña!..

Desde el Teide, que las domina y preside, vienen descendiendo, hasta morir en los Rodeos, al pié del Púlpito. Allí vuelven a renacer y elevarse, formando un semicírculo, mejor una herradura, que cierra el valle sin rival de La Laguna. Pero allá en el fondo, tras las lumbres de la herradura, aparecen otras muchas montañas rompiendo el horizonte. ¿Hasta donde llegaría aquello?.. ¿Qué caseríos y valles se encontrarían en aquel laberinto, que parece un mar encrespado de olas gigantes y petrificadas?.. En aquel dédalo de montes y barrancos, ¿no habría digno de verse más que el pago de Taganana, límite de los pocos turistas que se atreven a rebasar la Cruz del Carmen?..

Ello había que verlo.

Y, preparada la excursión para el día siguiente, apenas clareó, se trasladó a las Mercedes, en cuyo lindo pago le esperaba el arriero con un mulo.

Regocijo

Y emprendió el camino, por dentro del umbrío bosque, todavía envuelto por los jirones de la niebla matinal, que huía a toda prisa del calor solar, después de dejar sus perlas de rocío en las hierbas y helechos de los taludes.

Llegó al Llano de los Loros, asomándose al precipicio que lo bordea, contemplando la bahía. En élla barcos fondeados frente a la inmensidad del Oceano. Subió a la ermita del Carmen y se metió en la cumbre, cuyo prolongado vértice, a manera de espina dorsal de la cordillera, sirve de camino, llano y de blando suelo, y de mirador de espléndidos panoramas.

Por la derecha, hermosos bosques, barrancos profundos y el mar, brillante como un espejo, confundándose con el cielo allá en el horizonte. Por la izquierda, los caseríos del *Batan*, de las *Montañas*, y valle de Afur y, al frente más montañas todavía, hasta el Faro y Punta de Anaga.

Y pasó la Cruz de Afur y, después de varios descansos, vueltas y altibajos, llegó a la Cruz y *Vueltas* de Taganana, en donde comienza el sendero en zigzag, que se desliza,

Severo Curiá

serpenteando, en inclinadas pendientes, por el bosque, gemelo y antípoda del de las Mercedes, y quedóse contemplando el valle más pintoresco de la cordillera.

A la terminación del bosque, el sendero bordea el barranco de la Iglesia, los Molinos, o del Agua, por el que corre bastante, si el invierno fué lluvioso. Algunos prados se asoman a él y en ellos se oyen voces infantiles y esquilas de ganado. Allí pastan las vacas *Mejoradas* y *Clavellinas*, que os miran interrogantes, tranquilas y sin dejar el *remuelo*. Allí la asustadiza *baifa* salta en esguince, a trueque de producirsele con la soga que sujeta su patita y se queda mirándoos con ojos de tímida gacela.

A orilla del barranco una cruz señala el sitio en que el alma de una jóven voló al cielo en una hora tenebrosa. Descúbrense; rezan ante élla y, por los Naranjos, se meten en el pago más lindo de Tenerife.

Dióse reposo y alimento al cuerpo y se reanudó el viaje pasando por Roque Bodegas, Almáciga y Benijo, desde donde se descendió hasta la orilla del mar, caminándo un buen

Regocijo

trecho por la playa, mojándose a veces en las olas.

Después, vuelta a subir e internarse por tierra y, bordeado el *Draguillo*, poco antes de ponerse el sol, dió su merced en *Las Palmas*; delicioso caserío, situado frente al mar y alejado de todo mundanal ruido.

Allí fué bien recibido por los medianeros y sirvientes, ávidos de saber algo de lo que pasa por el mundo.

Y allí, bajo la parra y enredaderas; sentado en rústico banco y aspirando el aroma de las rosas y geránios, contempló la puesta del sol más grandiosa de cuantas vió en toda su vida. El disco enorme, rojo, incandescente, arrebolaba las nubes que se cernían sobre la isla de La Palma; se hundió en éllas; las traspasó, incendiando todo el Oeste y, después de un parpadeo, que dejó una estela sangrienta en el mar, desapareció tras la Cumbre Vieja, perfilando el pico de Birigoy y el Roque de los Muchachos.

De madrugada se encaminó al Faro, en donde los amables torreros le enseñaron la farola y maquinaria, la casa, los alrededores y

Severo Curiá

la pequeña caleta, que sirve de puerto cuando al mar no se le ocurre cerrarlo.

No pudiendo ir por el mar ni por la orilla acantilada, volvió a internarse en la isla, siguiendo el barranco Bermejo y, atravesando valles angostos, pero de belleza y fertilidad insospechadas para quien contempla aquellas montañas tan apreciadas al parecer, llegó a Chamorga y, por las *Cumbrecitas*, a la Punta de Anaga, pago importante, dividido en dos grupos de casitas de Nacimiento.

Siguió cruzando senderos y barrancos, hasta dar en Las Casillas, otro grupo de éllas, encastilladas sobre rocas, en otra cumbrecita que vierte al Sur, frente al valle de Igueste, adonde llegaron molidos, Pepe, su arriero y el mulo.

Después de almorzar en su venta, bien pasado el mediodía, sentóse en un sillón, que arrastró hasta una galería, con vistas al campo y al mar; y, el cansancio y la digestión, le dejaron adormecido y *remoliendo* en su cerebro las impresiones recibidas durante su excursión pintoresca.

Y pensó: Cuánta diferencia; qué vida tan distinta, entre los habitantes de las grandes

Regocijo

ciudades y los que había visto en los pagos recorridos. Ellos (él mismo) afanándose; corriendo tras la fortuna, en continua agitación de cuerpo y de espíritu. Estos, vida pacífica, contemplativa; sin ansias ni aspiraciones. Allá, la fiebre de los negocios; la Bolsa; las industrias; la lucha feroz por la vida. Aquí la paz; la conformidad.. ¡Oh, quién pudiera vivir esta vida!

Pero, no. Aquí también había pasiones, tan fuertes o más que las de allá. También había pasiones amorosas, políticas, hasta financieras, más violentas quizás. ¿Qué brutal pasión no denunciaba la cruz del barranco de Los Molinos?.. ¿Qué luchas fieras, fratricidas, no añoraban las discusiones políticas habidas, la noche anterior, en el pequeño Agora del caserío en que pernoctó? ¿En qué Bolsa; qué agentes se afanarían con tanto interés, como aquellos dos *marchantes* que se disputaban el *trato* de unas cabras para el matadero?..

Volvió a emprender la marcha por el sendero que serpentea por los *Órganos*, de paso algún tanto peligroso, cuando las lluvias reblandecen las tierras y llegó a San Andrés, pueblecillo que derrama sus casitas por la

Severo Curiá

extensa playa y en el que habita un gran número de trabajadores y gentes dedicadas a la pesca.

Allí reanudó su vida rápida, montando en un automóvil, que le condujo a la capital, tras breves paradas en la fábrica de Salazones, en la cantera de la Jurada, fábrica de bloques, o prismas, para el puerto y varaderos de Hamilton.





III

**Pepe Cruz visita los pueblos del Norte.
Regreso de Carmita.-Sus amores con Pepito.
A Tacoronte.-La Hórrida "Garañona".
Pepe vuelve a Cuba.**



echo propósito de visitar los pueblos del Norte, volvió Pepe a subir a La Laguna y encaminó, en automóvil, por la entoldada carretera que conduce a Tegueste; el del cementerio "pequeñito" ("cuatro tapias y un ciprés"); el de los vallecitos verdes... Pasó por el sembrado de casitas multicolores de Tejína; bordeó la roquera costa por Bajamar; llegó a la Punta del Hidalgo, recostada sobre el talud y atisbadora constante de la pesca costera; regresó a La Laguna y, cruzando la ciudad, salió por San Benito, dejando, a derecha e izquierda, la ermita, el Calvario y varias casas de campo.

La carretera, bien cuidada y bordeada de eucaliptos, cruza por los campos ubé-

Severo Curiá

rrimos de la Vega lagunera; frente a las planicies de los Rodeos, sembradas de cereales y legumbres; por los ricos y fértiles pagos de Guamasa, Naranjeros y el Cantillo (rincón pintoresco, abundante en cañas, zarzales y enredaderas, que guarnecen una fuente de aguas frescas y cantarinas) y llega al hotel Camacho, que se levanta en el borde superior de Tacoronte, oteando el rebaño de casas blancas, amarillas y encarnadas, que se desperdigan entre huertas y plantíos de exuberante vegetación.

Pasa luego por debajo de Ravelo y los altos del Sauzal, pueblecito colgado sobre el mar y que destaca sobre el caserío la torre cuadrada y la cúpula oval de su iglesia.

Después vá faldeando; describiendo curvas; subiendo y bajando las pendientes y dejando a uno y otro lado numerosas fincas. Pasa por la Matanza y la Victoria de Acentejo, dominando un dilatado y espléndido panorama de mar y cielo, así como bellos paisajes que, comenzando en la costa acantilada, van subiendo sus verdores de plantíos, viñas y sembrados, en cuyos bordes se levantan esbeltas palmeras, hasta alcanzar la

Regocijo

cumbre, festoneada por los pinos, que se asoman a la vertiente opuesta.

Cruza el imponente viaducto; el medroso tajo, en que se incrusta un rezadero; la calle y plaza de Santa Úrsula y llega a su bifurcación con el ramal de El Pinito. Sube por él y, a poco se asoma al valle ubérrimo de la Orotava; el más rico y poblado de todo el archipiélago.

Millares de casas blanquean por doquier. Numerosos embalses retratan en sus aguas pedazos de cielo azul turquesa. Largas filas de árboles marcan y protegen las rutas, de tránsito incesante.

Baja luego serpenteando por la pendiente ladera; pasa sobre el borde de un embalse profundo y, después de una recta, entre araucarias esbeltas, se mete en la prócer villa de la Orotava.

Tiene ésta calles empedradas y en inclinadas pendientes, surcadas algunas por acequias, cuyas aguas cantadoras entonan un himno a la Agricultura; edificios señoriales, con escudos de nobleza, rejas y balcones afiligranados, cancelas artísticos y, patios con fontanas y macetas de flores.

Severo Curiá

Sus mujeres son bellas y recatadas; su clima dulce y apacible. Y cada plaza, cada calle, cada balcón y ventana, un mirador delicioso, con vistas al valle verde, al mar azul y a las montañas gigantes.

Después de contemplar tanta belleza, bajó Pepe por entre hermosas fincas, visitando el jardín Botánico y, por la base del Tahoro, hasta dar en el Puerto de la Cruz; bonita ciudad; "Tacita de Plata" de Tenerife; con hoteles lujosos, plazas hermosas, puerto importante y lindas mujeres.

Otro ramal de carretera sube, serpentino, hasta las Arenas, a encontrarse con la del Norte; y siempre entre árboles, plataneras y jardines.

Los geránios, enredaderas, jazmines y rosales invaden los muros y los ribazos.

¡Oh!—decía Pepe—Valle del Tahoro; valle de la Orotava, del Puerto y los Realejos. Valle polícromo, lleno de aroma embriagador; arrullado por el rumor de las olas, por el murmurio de las acequias, por las brisas marinas, que alcanzan hasta los pinos de tus altas cumbres; recostado cabe el regazo del Teide gigante; cuna de varones insignes y

Regocijo

de mujeres tan bellas que compiten con tus flores... Valle de placidez, dulce y serena; ¡qué encantador eres! ¡Cómo haces soñar con deleites! ¡Qué no diera por tener en tu campo mi nido de amor!

Los Realejos se hallan tan juntos que parecen uno solo, “partido por gala en dos” por un barranco. Al lado del cementerio destaca sus gruesos y múltiples varillajes de su copa, coronados por hojas lanceoladas formando estrellas, el drago más esbelto, armónico y bello de toda la isla.

El trozo de carretera del Realejo a la Rambla es un delicioso balcón al mar. Una *Cornisa*, con vistas a la costa y al Océano y adornada por la Naturaleza con espléndidas colgaduras: Los jazmines, madreselvas, rosas, adelfas, geránios y margaritas, bordan, visiten cubren y tapizan las rocas, los ribazos, los muros y cunetas de la carretera.

Termina esta hermosa cornisa en la entrada de La Rambla, uno de los oasis más bellos, enclavado entre el estribo cortado de la cordillera y las aguas del Atlántico, sobre lavas y escorias volcánicas y con caseríos t an

Severo Curiá

pintorescos como Las Aguas, La Portalina y Las Rosas.

A la salida del pueblo, comienza una región desolada; lecho de grandes corrientes de lava, de antiguas erupciones, que, después de arrasar y calcinar toda la vegetación que encontraron a su paso devastador, se detuvieron, sin duda espantadas al ver que el mar les salía al encuentro. Se enfriaron, solidificaron y dejaron uno de los terrenos llamados *Malpais*, que, a pesar de su desolación, acogió en su seno el amor de algunos arbustos y pinos, heraldos y avanzadas de los que se columbran allá en las alturas, y va cediendo su suelo a nuevos plantíos y sembrados.

Las vistas desde la carretera siguen siendo magníficas: Hacia abajo, la costa y el mar inmenso. Hacia arriba la altura inaccesible del Teide; allí, sobre nuestras cabezas, mostrando toda su grandeza. Estamos al pié del gigante. Casi en su base; a tres mil quinientos metros más bajos que su cúspide.

La vista del coloso es pasmosa. Y si tiene tendido su regio manto de hielo y nieve, resplandece, deslumbra y centellea a los rayos del sol.

Regocijo

A nuestra izquierda van quedando las altas laderas de La Guancha, pobladas de casitas desperdigadas pintorescamente por las tierras de papas, trigos, viñedos y frutales.

Y surge, a poco, la ciudad de Icod, célebre, años há, por sus vinos, recostada en las faldas verdes, que descienden desde las alturas.

La bella ciudad ostenta grandes edificios, con fachadas, balcones y tejados voladizos y artísticos; una hermosa plaza, en que se levanta el templo de San Marcos, y el drago milenario; quizás el más viejo y corpulento de la Tierra.

Tiene rincones y placetas ideales, con palmeras, laureles y araucarias; huertos y jardines, llenos de almendros, limoneros, naranjos y flores mil. Y, en sus inmediaciones, la Caleta de San Marcos, formada, siglos há, por el fuego y el agua, engarzada en una armadura de escoria, ferruginosa de color, y una profunda y extensa cueva, formada por la lucha fragorosa de las aguas atlánticas y la volcánica lava teideana.

Y volvió a rodar el auto por la carretera encantada, hasta el rico pueblo de Garachico; cuyo puerto, sepultado por una brutal erup-

Severo Curiá

ción, hace más de doscientos años, era el más importante de la isla. Aunque se asienta sobre un lecho de lava, tiene hermosas viviendas y bonitos alrededores. Pero lo que más llamó la atención de Pepe fué aquella montaña, de escoria y tierra negruzca, que se cierne sobre el pueblo, amenazando sepultarlo otra vez.

Y pasó por el puertito, salpicado por la espuma del mar y luego frente a la Caleta, por terreno más llano y llegó a Los Silos; otro pueblo rico y bien urbanizado, frente al «Boquerón» del barranco que da acceso a su hermoso y espeso bosque de tilos, madroños, brezos, laureles y otros árboles y arbustos, surcado por senderos floridos, y en cuya fronda silban, vuelan y se esconden los mirlos, y se anidan, en amor arrullador, las palomas silvestres.

Proyectando, para más adelante, la deliciosa excursión, por tal bosque, al intrincado, y, hasta de nombre, pintoresco, pago de *El Palmar*; y, después de contemplar la feraz campiña, la dilatada llanura hasta la Punta de Buenavista, la montaña, cortada, que desciende hasta formar la de Teno, las calles y plaza de aquel bonito lugar y el contacto del

Regocijo

sol con las aguas marinas, a cuyo beso se tiñeron de carmín, incendiándose el horizonte, emprendió el regreso a la capital, henchido de satisfacción, por lo que había contemplado: por las bellezas y riquezas que atesoraba su isla querida.

Algo después de amanecer ya estaba Pepe en el muelle. A poco apareció el barco por la ancha comba del mar. Fué acercándose, cada vez más; enfiló la entrada del puerto, dejando a su izquierda la boya roja; echó, con gran estruendo de cadena, su pesada ancla; viró, poco a poco, hasta poner proa a la salida y quedó quieto un momento; indeciso. Luego, tira que tira de él, los cables fueron acercándole al muelle lentamente; despacio...

En el paseo de cubierta aparecieron, entre otros pasajeros, doña Candelaria y Carmen, que miraba ansiosa al muelle, en el que esperaba Pepe con el alma en los ojos. Las ondas misteriosas del Amor guiaron las miradas de los enamorados y, al encontrarse, resplandeció en sus rostros la felicidad. Luego, la

Severo Curiá

espera; impaciente por la lentitud de la maniobra; sin saber qué hacer, ni qué decir; mirándose sonrientes Y, por fin, el desembarque, los apretones de manos y los apuros para salir de aquel atolladero del muelle.

Nacida y criada en la Orotava, Carmen poseía la belleza característica de la banda norteña: Rostro ovalado; sano y hermoso color; ojos grandes, «de mirar dulce y sereno»; cuerpo airoso y elegante, estatura más que regular y aspecto señoril.

¿Sus dotes morales?.. Un carácter encantador, por la dulzura de su voz y trato, esmerada educación y honestidad, en el vestir, en el hablar y en la mirada. Era, sí, un tanto *novelera* y una de las últimas románticas que quedaban en Tenerife. ¿Sus lecturas favoritas? Las leyendas de Espronceda, Becquer y Zorrilla; algo de Ruben; novelas de Hugo, Dumas, Galdós, Alarcón, Palacio Valdés y Ricardo León, y las Escenas y Cuentos de De Amicis. ¡Cómo se emocionaba con las desgracias de Esmeralda, Margarita la Tornera y Marianela! ¡Cuántas lágrimas derramaba leyendo el «Cuore»!

Regocijo

Sus amores con Pepito, durante sus primeros tiempos, no fueron apasionados. Lo quería, sí, pero con amor suave, cortés; con el ordenado por la costumbre vulgar. ¡Oh! Ella que lo veía ocupado en menesteres de comercio; vestido con el ropaje prosáico de nuestros días, cuando muchas veces lo vistió, con el pensamiento, de Lohengrin rutilante; de trovador, con laud a la espalda; de caballero de capa y espada, con birrete de blanca pluma, o chambergo de anchas alas... Que le vió subir a su balcón (aquel balcón bordado con jazmines y campanillas azules) por una escala de seda, a robarle un beso... Que le oyó templar el laud y entonarle una cantinela amorosa, al pié de la torre del homenaje de su castillo. (Aquel castillo Quisisana, que se veía desde la azotea de su casa...) Que le vió llegar, como Príncipe Azul, en su «de alas caballo volador» a encenderle sus labios con un beso de amor...

Pero, poco a poco, fué abriendo los ojos a la realidad y se asomó al siglo en que vivía, viendo a Pepe tal cual era: Guapo, buen mozo, simpático, inteligente y, sobre todo, bueno y cariñoso.

Severo Curiá

Y también en este siglo, de prosa ruín, en el que cualquier chiquillo, con una *browsing* daría pronta cuenta del Cid y hasta de los Doce Pares; y en que un aviador cualquiera dejaría atrás al más volador Pegaso, acaecían hechos dignos de ser relatados en romance y acciones que denotaban hombría, valor y serenidad. Y recordaba Carmita cuando, en Cañizares, dos vacas furiosas, armadas de horribles cuernos, con las orejas tiesas, lanzando espantosos mujidos, y echando *babero*, por la boca, se dirigían hacia élla; y Pepe, a la sazón Pepín, cogiendo una piedra tamaño, se puso frente a las fieras, haciéndolas retroceder y salvándola de ser destrozada.

Y no valía que dijera el gañán que estaban retozonas y que éllas no hacían daño. Así que no se habían visto bien sus intenciones. Gracias a la oportuna intervención de Pepín...

Y, como esto merecía recompensa, desde aquel día le concedió su amor. Qué creció, cuando Pepito, en defensa de un pequeño, recibió, con una pedrada en la cabeza, el bautismo de sangre. Y siguió creciendo, con la aparición del nombre de su novio, en letras

Regocijo

de molde, por haber sacado matrículas de honor. Luego con la despedida, cuando él se fué a La Habana; con la ausencia; con las cartas llenas de promesas y proyectos; con los éxitos en los negocios; y, en fin, con los elogios y alabanzas que de Pepe llegaban a sus oídos a cada instante.

Y allí estaba. Al alcance de sus brazos y de sus labios... De qué buena gana hubiérale abrazado y besado... Pero el pudor; la vergüenza; las formas sociales... No. Tales expansiones no eran para su carácter. Esas quedaban para Lolita, la novia de su hermano. Aquella, en su caso, no se habría contenido.

Ya el verano echaba a las gentes en busca de mejor clima, y doña Isabel, que por nada ni por nadie, dejaba su temporada en su casa de Tacoronte, dió la orden de partida. Y allá se encaminó la familia, siguiéndola Pepe, que se hospedó en Camacho.

El clima de Tacoronte es ideal. Trata con tal mimo a la columna del termómetro que no la deja bajar menos del número 12 en invierno, ni subir más del 25 en verano. Decidme; ¿en qué país ocurre lo mismo?.. Esto

Severo Curiá

hace que su colonia veraniega sea cada vez más numerosa.

A falta de recreos de las grandes capitales, se organizan excursiones por los pintorescos alrededores, en las que toman parte jóvenes de ambos sexos, con alguna que otra persona respetable. Ravelo, Las Mirteras, Ortigal y Agua García, por las alturas; Valle Guerra y El Sauzal, por abajo, son de las más agradables. Pero una de las más impresionantes, es la visita a la *Garañona*. Es un trozo de costa, cortada a pico, cerca del Sauzal. Una fuga hondísima que dá al mar. Un inmenso corte, casi vertical, de 300 metros de profundidad. O de altura, si lo preferís.

Allá en el fondo se mueve el agua, suave, mansa, al parecer desde aquella altura de vértigo. Se ve la orla de espuma de las olas, que rompen al pié de la muralla gigante y, más bien que oirse, se adivina el ruido de las rompientes. La Roca Tarpeya, la Peña de Martos y el Salto de Leucade, quedarían avergonzados ante *La Garañona*.

Tiene este abismo una historia macabra. En él cayó una mujer y dicen llegó al fondo hecha mil pedazos. Allí arrojan la bestias

Regocijo

que mueren de *bacera*, o de *vanilla*, cuyos cuerpos van describiendo garabatos en el espacio, o dejando un rastro sangriento en las paredes del espantoso despeñadero.

Y allí fueron Carmen y Pepe, en compañía de otros excursionistas. Y al borde se asomaron los más atrevidos, agarrándose; alongando el cuello y palideciendo, al alcanzar con la vista el fondo. La impresión que les dejó aquella vista fué triste y medrosa, cual sí, con la brisa, subiera el hálito frío de la Muerte. Y allí dijo Carmita a Pepe: «Por aquí me arrojaré si algún día me traicionas».

Mucho se amaban. Por lo que no es extraño que discutieran con frecuencia sus respectivos deseos y proyectos. Quería Pepe llevársela a Cuba, para rodearla de lujo y comodidades; para que brillara en la Habana como astro de primera magnitud. Y para esto quería acrecentar pronto su fortuna. Luego, cuando pudiera cambiar de residencia, sin gran menoscabo de sus intereses, tiempo habría de quedarse en Tenerife.

Carmen, en cambio, quería que Pepe se quedara ya en esta isla definitivamente y que

Severo Curiá

no volviera a embarcarse. Ella no era ambiciosa. Tampoco iba *descalza* al matrimonio. Por lo que, con sus bienes y rentas, y con lo que a él le produjera lo de allá, tendrían suficiente para vivir.

Y Pepe, temeroso de que el capital amasado con su actividad y constancia, sufriera mermas con el traslado de una a otra isla, por no disgustar a Carmen y pensando que, aun desde Tenerife, podía negociar y seguir asociado con sus parientes, decidió quedarse, con gran contento de su prometida; si bien con la condición de que adelantaran el casamiento.

Pero nuevos e importantes asuntos apremiaron la presencia de Pepe en Cuba, por lo que decidió embarcarse en el primer vapor, con el propósito de arreglarlo todo a la mayor brevedad y volverse a Tenerife lo más pronto posible. Esto si Carmita no se decidía a casarse en seguida y pasar la luna de miel en el mar.

Y Carmita ¿qué iba a hacer? sino aceptar esta proposición, aunque con mucha pena, por tener que abandonar a su mamá y a su abue-

Regocijo

lita; si bien solo fuera durante un par de meses.

Pero... «el hombre propone y Dios dispone»; y un día... a doña Isabel se le agravó tan repentina dolencia que, cuando llegó el médico, solo pudo certificar la defunción. ¡Pobre abuelita! Murió clamando por su Chinito, que, a la sazón, navegaba en el «...Orive» por las aguas de las Antillas.

¡Adiós, ilusiones! Aplazamiento de boda; pero no del viaje de Pepe.

Y llegó para Carmen el día tan temido: El del embarque del novio; que también estaba tan apesadumbrado como ella. Y le instó que no se fuera; que no la abandonara, aunque se perdiera todo lo de allá.

—Qué locura. ¿Abandonar aquello, ganado y destinado para tí? ¿Qué son dos meses más, o menos, Carmita mía?..

—¡Ay! Pepe de mi alma. El corazón me dice que se cierne sobre mí una desgracia. Que no te volveré a ver. Que me olvidarás. Que tienes allí amores!..

—Carmita... Desecha de tu cabecita loca esas ideas absurdas. Tranquilízate; que es

Severo Curiá

muy hondo; muy hondo y muy fiel, el amor que yo te tengo...

Y se fué. Se fué en la falúa... Sin poder ya desembarcar. Sin poder acudir en socorro de Carmen, que se había desplomado en los brazos de su madre.

«No ves—decía el anónimo—que es imposible que Pepe haya estado sin amores en la Habana... Siendo tan guapo y rico ¿crees que no le habrán echado el anzuelo? Desengáñate; él, de seguro, tiene allí otro amor. ¡Si hasta tiene tipo de casado! Así el interés en largarse; la impaciencia por volver a Cuba. No seas tonta. Tú eres monísima y no te faltará un hombre guapo, rico y amante.»





IV

**Amores de Chanito y Lolita Cascabel.
Tal para cual.-Chanito por poco se muere.
Pepe le dá su sangre.**



Sebastián Mora (*Chanito*) exestudiante de casi todos los centros docentes de La Laguna y de Santa Cruz de Tenerife; exagregado del *Guiniguada*; Oficial Primero del *Orive*, por ahora, y aspirante a Capitán de los Correillos y a Práctico del puerto de la Capital, era el novio de Dolores Díaz, más conocida por el *nombre* de *Lolita Cascabel*.

Aunque hijo de familia bien acomodada, no alcanzó carrera de más alto bordo, por su desmedida afición a los deportes; especialmente a los de mar.

De ahí las numerosas fugas de las aulas; la difícil retentiva de las Letras y... las Ciencias; los disgustos que daba en casa y la

Severo Curiá

determinación de meterse en la Marina Mercante, dando fondo, por fin, en la *Náutica*.

Pocos años antes, vivía frente a su casa una niña morenita, grácil de cuerpo, de movimientos prontos, ademanes desenvueltos y una carita muy pequeña, porque se la habían comido sus ojos; grandes, negros y expresivos. Así estaban ellos de alegres y hermosos.

A esta niña le gustaba mucho su vecinito y ella misma se lo declaró, por medio de una carta, escrita con lápiz, que le echó por debajo de la puerta.

Pasado algún tiempo, se trasladó Lolita a una casa de la calle de las Flores y volvieron a encontrarse, cuando él iba a la *Náutica* y ella al Instituto. Volvieron a mirarse y a sonreirse; simpatizaron, cada vez mas, y acabaron en novios casi formales. Tanto que, al regresar él de sus viajes, la cortejaba en la ventana de la casa de la calle de las Flores.

Y muchas oyó Lolita de los labios de aquel ya experto marino, que, pese a su mala cabeza, de su época de estudiante, había aprendido muchas cosas y palabritas dulces, agridulces y hasta ágrias del todo, en sus

Regocijo

viajes a la península y a Ultramar y algo de literatura en las novelas, revistas y libros festivos, que le gustaban más que los de texto, y de los que había entresacado una fraseología asaz pintoresca, que imitaba donosamente la simpática chiquilla.

Pero muchas fueron también las riñas y despedidas que se oyeron, aunque en voz baja expresadas, a causa del genio y carácter de Lolita y de las ruindades y embusterías del *palanquín* Chanito.

Claro está que tantas como riñas y despedidas, se oyeron reconciliaciones. No podían pasar el uno sin la otra; y viceversa. Ni aun para esto tenían formalidad.

Ella no se privaba de ir a los paseos, bailes y espectáculos; quisiera él, o no; estuviera él aquí, o en viaje por el mar. Escuchaba los piropos que la echaban, que no eran pocos. Aceptaba compañía y conversación de todo hombre, jóven o maduro, indígena, o foráneo, que se le acercaba ¿Su alegría y risas?.. ¡Qué loca! ¿Su ingenuidad?.. ¡Qué descarado! Esto decían las *Amargadas*.

Por la motilidad exajerada de sus ojos, de su cuello, de sus manos y pies y de su

Severo Curiá

cuerpo todo; y por su alegría y risas sonoras, la llamaban *Cascabel*.

También él era un despreocupado y se las *traía... en cacharro*; (una de las frases de su repertorio). En materia de aficiones era *algo* ecléctico: Le gustaban los toros, las luchas, los bailes, las romerías, la natación, las regatas, el cine, el café, el tabaco, el balón y el boxeo.

Y no se privaba de ningún espectáculo que estuviera a su alcance. Aunque supiera que Lolita le esperaba, intranquila y amorosa, en la ventana de la casa de la calle de las Flores.

Y no por esto dejaba de querer, pero muchísimo, a su *Negríta* o *Morucha*, como solía llamar, en sus entusiasmos amorosos, a Lolita. La que, a pesar de su versatilidad de *donna mobile* y de su despreocupación, también estaba enamoradísima de Chanito; le era fiel como una Penelope y le llamaba ¡*Cupidito!* con tal dulzura, que a él le sabía a mieles.

Tres días hacía que el palanquín no aparecía por la calle de las Flores. Lolita lo esperaba impaciente; indignada. Con grandes deseos de verle, para largarle cuatro frescas;

Regocijo

mandarle a paseo y hasta, si se descuidaba, para dejarle señal de sus uñas en la cara. Solo con pensar en el recibimiento que le preparaba, se relamía la tigre.

Y, en efecto, llegó la víctima; pero en qué estado ¡Señor! El brazo izquierdo en cabestrillo; una venda negra le oprimía y casi tapaba la mano derecha; otra, colocada como a los caballos de las corridas de toros, tapábale un ojo. Cupido venía horrible.

Otra de corazón más bondadoso, le habría recibido amante y compasiva, pero el de Lolita había ya rebosado la hiel elaborada durante tres días y, a pesar de aquellos vendajes, le acogió con enojo y siniestras intenciones.

El galán se aproximó cojeando y, lanzando un gamido, que más pareció balido de *báifo*, exclamó con tristeza:

—¡Ay! Negrita mía; a poco más la *diño*. Me desrisqué con la *bici* en Barranco Hondo.

La cara terrosa, exangüe, cadavérica; los vendajes, que sin duda tapaban profundas heridas; el hedor a botica; el manchón de yodo de la venda de su mano y todo aquel conjunto de cuerpo lastimado, dieron al traste

Severo Curiá

con los siniestros propósitos de Lolita, que, pálida y temblorosa, lo acogió con otro:

—¡Ay! Cupidito mío, ¿qué tienes, vida?... ¿Te caiste?...

—Sí. Solo por venir a verte... Negrita del alma mía...

—«Toda la noche has andado—Pisando la tierra fría»... ¿Verdad?...

—Pero que siempre has de corromperme las oraciones. Me ves casi muriéndome y ¿aun te chungueas?...

—No. Es que al verte vivo y a mi lado, me entró una alegría... Cuéntame...

—Fuí a Candelaria, por asuntos de abuelita y no pude terminarlos en el día. Y he aquí el dilema: O quedarme allí, o volver al siguiente. Pero ya tu sabes cuanto te quiero y por venir a verte, apreté a los pedales... hasta que dí la vuelta de campana.

—¡Qué horror! Y pensar que pudiste matarte.

—Quiá. Cosa ruín nunca muere. Además, cuando descendía al abismo, apareció un ángel de blancas alas, que me fué sosteniendo, poquito a poco, para que el daño fuera menor. El ángel... eras tú, Moruchita.

Regocijo

—«Que te crees tú eso». Si hubiera sido yo no tendrías a estas horas ni el más leve rasguño.

—Me parece un sueño, después del peligro en que estuve, estar aquí; a tu lado; mirándome en las preciosas niñas de tus ojos; oyendo tu voz, dulce y amorosa, que emana de tus labios coralíneos; aspirando el ambarino aliento de tu boquita; roja cereza «partida por gala en dos»...

—Mira, Chanito, que te estás *destapando*. Y no te acerques tanto; que hiedes.

—¡Ay! Qué ganitas tengo de casarme y pasar nuestra luna de miel en el Realejo. Arrullándonos, al par que las palomas y tórtolas; oyendo el susurro de la brisa, que peina las verdes cabelleras de los pimenteros; el murmurio del agua de la vecina acequia; el relincho de la tordilla; el mujido de la *Palmita* y el balido

—Del Zulú; ¿nó?...

—¡Negrita!... Si me calientas con tus guasas, me largo y no vuelvo.

—No; Chanito. Vuelve; vuelve pronto. Pero desinfectado y con mejor olor.

Severo Curiá

Graves debían ser las lesiones, pues al incorporarse, para despedirse, lanzó un quejido y se aumentó la cojera.

—¡Ay! Pobrecito mío. Cuídate, mi vida!

¡Oh milagro! Apenas Chanito oyó tan dulce ruego y, traspuesta la esquina, desaparecieron el dolor y la claudicación.

En la calle de Bernabé Rodríguez, desencabestrilló el brazo; la mano vendada sacó un cigarrillo; dióle candela; quitóse las vendas; se guardó el pañuelo y, contento como unas pascuas, se encaminó al muelle.

Al cuarto de hora estaba boxeando con el Segundo del correillo.

A Pepe Cruz no le quería ver, ni en pintura. (*¡Ese macana hediondo!*). No desperdiciaba ocasión de dirigirle miradas insultantes y retadoras, cuando todavía era un chiquillo y Pepe ya un mocito, que de buena gana le hubiera dado un *cachetón* y hasta una *cuerada*. Pero se contenía, por no disgustar a Carmita.

Apenas llegó Pepe a la Habana, propuso a sus parientes la continuación de los nego-

Regocijo

cios en forma tal, que le permitiera residir en Tenerife.

Su proposición fué aceptada y así se lo comunicó a Carmen, prometiéndola, al mismo tiempo, su pronto regreso.

Pero aunque los asuntos marchaban bien y parecía fácil y breve el arreglo de sus negocios, a cada instante surgían otros, de tal importancia, que acrecentaban su fortuna y aplazaban sus propósitos.

Un día recibió un cable, en el que le preguntaban por Chanito, del que no tenían noticias desde que se embarcó para Cuba, tres meses antes.

El *Orive* era esperado en la Habana, donde había salido para Santa Cruz del Sur y Santiago, hacía cerca de dos meses, habiendo retardado su regreso las calmas que le cogieron en aquellas aguas.

En efecto, fondeó en la bahía al día siguiente y Pepe se trasladó al barco, cuando ya estaban desembarcando a Chanito; en un estado tan deplorable que parecía un cadáver.

Pocos días antes de la llegada había sufrido un accidente que le produjo graves heridas, con gran pérdida de sangre.

Severo Curiá

Pepe, al verlo, se quedó tan pálido como él y, olvidando ruindades pasadas, le cogió la mano y, presa de honda emoción, no supo qué decirle.

Chanito miróle tristemente; quiso incorporarse y pareció querer hablar. Pero ni fuerzas le quedaban para tanto. No obstante, oprimió la mano de Pepe, tiró de él hacia sí y, haciéndole bajar la cabeza, musitóle al oído dos o tres preguntas, que Pepe contestó afirmativamente, sonriendo y dándole en la mejilla unas palmaditas cariñosas.

Ya en la Clínica, Chano oyó algo de *transfusión, donante, hemoglobina* y otros términos, para él incomprensibles. Y a las pocas horas... qué sorpresa; al sentir que le inyectaban nueva vida, con nueva sangre. ¡Y aquella sangre, era del ser que más había odiado!

¡Qué placer sentía, al recibir en sus venas aquella inyección tibia y agradable! Miró a Pepe, cuyo semblante resplandecía de satisfacción y, al encontrarse con su mirada sonriente, la debilidad y la emoción le inundaron de lágrimas sus ojos.

Y desde entonces, Chanito, más que amigo, fué un verdadero hermano para Pepe

Regocijo

y siempre estuvo dispuesto a darle también su sangre, con ese ardor generoso que prende en las almas agradecidas cuando reciben una prueba verdadera de afecto y sacrificio. Entonces los lazos de simpatía, de amistad, o de amor, se estrechan, se afirman, recios y duraderos; más aún si el que nos ha favorecido, no es el hermano, el camarada, el deudo, sino el extraño o el odiado; entonces el alma noble se abre al cariño, al sentimiento nuevo que invade plenamente el corazón. Y esto es lo que le ocurrió a Chanito ante la acción generosa de Pepe.





V

Dulces confidencias.-Por las tierras calcinadas.



epe iba con frecuencia a ver al convaleciente y fueron creciendo, cada día más, el cariño y la confianza entre ambos.

Y no sabían hablar de otra cosa que de las novias y de Tenerife: Sus dos grandes quereres y el mayor de sus amores.

Chano le refería los suyos con Lolita, de quien decía que no la había más buena en toda la tierra. Que sí era algo frívola y despreocupada, pero que tales defectos, para él apenas lo eran. Y quizás por ser así la quería más.

—Los padres de mi novia son dos bonísimas personas; dos *viva la Virgen*, incapaces de contrariarla. Y así salió ella. Pero eso de ser fácil presa del amor, es un cuento de las Mil y Una...

Severo Curiá

Es escurridiza como una anguila. Y más salada que la bahía gaditana. Sus prontos y arrebatos son temibles.

Dicen que sus bromas son de mal gusto y pesadas, pero a mí me hacen la mar de gracia. Quizá será efecto del cristal con que la miro.

A un pelmazo, que le pidió una entrevista a solas, lo citó a tal hora de la noche, en el zaguán de su casa. La señal sería sacar élla la mano por la ventana, apenas estuvieran sus padres acostados.

Llegó la hora; hizo así con la mano y el incauto, después de mirar receloso a los lados, empujó, poquito a poco, la puerta. Pero la trampa que Lola había puesto detrás (unas cuantas latas vacías y mal equilibradas) necesitaba poco para dispararse y se disparó con estrépido... llenando de pánico al tonto presumido, que huyó, perseguido por las risas escandalosas de Lola y de las vecinas.

Otro de sus prontos más graciosos, para mí al menos, el que tuvo con doña Cándida y doña Petrita que, en su va y ven, de sus casas al Pilar y del Pilar a sus casas, coincidían con frecuencia frente a la de Lolita.

Regocijo

Se encontraban; enhebraban la conversación y, puntada de aquí, y tirón de allá, su cuartito de hora, o más, de labor; echando alguna que otra mirada a la ventana de la casa de Lola. Y sin cansarse; a pesar de ser doña Cándida de gran corpulencia.

Lola, cada vez más nerviosa... hasta que, un día, no pudo resistir a la tentación de ofrecerles su casa; o por lo menos, descanso frente a ella. Y pensarlo y ejecutarlo todo fué uno.

Salió a la calle, con una silla en cada mano y se las ofreció, con mucha amabilidad «por que le daba mucha penita verlas de pié»... El efecto?... para qué! A doña Cándida se le subió el pavo; quiso barbotar algo como gracias y se tambaleó. En su vida estuvo más cerca de la apoplejía. Doña Petrita echó sobre Lola una mirada asesina, pero se repuso presto y, reprimiendo la risa, dióle las gracias y marchóse *diestra*.

¿Y las bofetadas que le largó a Fidelito, porque se permitió una broma deshonesta? ¿Y las calabazas que le mandó con un borriquero a Paquito G. y que éste no quiso recibir, con gran escándalo de su patrona y del



Severo Curiá

borriquero, que ostentaba en la mano el papelito con las señas del *mandao*, causando las delicias de los huéspedes?..

La llaman Cascabel y no me desagrada el mote, que veo bien aplicado; como todos los que pone la gracia tinerfeña, reina de la Inventiva. La alegría de aquellos ojos; de aquella risa; de aquel cuerpo todo... No es solo cascabel. En un coche de colleras en día de toros. Es un domingo de Ramos en Sevilla. Es .. ¡la Gloria!

Nos queremos con vehemencia. Con verdadera pasión. Y ahora, tan separados, nos queremos más que todos los amantes célebres. Y estoy rabiando por volver a Tenerife; para verla; para pedirle perdón, y para adorarla... en la-ven-ta-na-de-su-ca-sa-de-la-calle-de las -Flo-res!...

Pepe sonreía, al oír los arrebatos de Chanito y le envidiaba, algún tanto, aquellos amores tan apasionados.

—Yo también deseo terminar aquí mis asuntos, para largarme a Tenerife y casarme en seguida con Carmen. Y quererla como élla a mí: dulcemente; con amor suave, romántico; sin estallidos de pasión...

Regocijo

No lo creas. Toda tinerfeña, como hija del Teide, lleva su volcán dentro del pecho. Unas en erupción, como mi Lolita; otras dormido; apagado, al parecer, pero con el fuego latente y el cráter tapado. Ya tu verás el día que Carmita se destape...

Otras veces hablaban del grande amor de ambos: De Tenerife.

Y aquí sí que se destapaba Chanito.

Conocedor de la isla, palmo a palmo; por arriba, por las alturas; por abajo, por las costas; y hasta por los intermedios; y, conociendo también el cariño y entusiasmo que Pepe sentía por la isla adorada, dedicaba a élla su canto más apasionado y entusiasta.

—¡Santa Cruz! Qué ciudad tan bella. No hay en el mundo otra que lo sea tanto. Tan alegre; tan bonita; tan poética.

¿Tú la has visto desde las Mesas; desde la vuelta de Mandillo; desde Ofra, o Taco; desde la torre de la Concepción, o desde el puente de un correillo, antes de entrar en el puerto?..

¡Qué orgía de líneas, siluetas y colores!
¡Qué vista de ciudad oriental. Odalisca recostada en la orilla del mar, al pie de las mon-

Severo Curiá

tañas verdes y bermejas; ostentando, cual vestidura polícroma, sus casas verdes y azules, amarillas y encarnadas!

¡Cuántas huertas, vestidas de verde esmeralda. Cuántos jardines y azoteas, que son ramilletes de flores!..

Pepe: Aquellas plazas, rincones de gloria; nidos de amor, en los que alegran la vida los pájaros y los niños. Aquel clima tan delicioso, dulce y placible, que quienes lo gozan no saben ya dejarlo; o, si lo dejan, lo hacen suspirando por volver...

El Norte de Tenerife, ya tu lo conoces. Aquello no tiene rival en el globo terráqueo.

¿Que el Sur es feo?.. Quien tal diga no sabe apreciar la belleza en sus múltiples manifestaciones. Yo te haré bojear la isla, en algún fruterillo y verás qué hermosa es; aún por la costa sureña.

Verás cómo la gran cordillera central descende, se dilata y extiende cual gigantesca medusa, sobre las aguas oceánicas, formando, en sus costas, bahías, calas, caletas, puntas, y playas, de nombres bonitos y sonoros; llanas y arenosas, unas; con arrecifes, *roques* y cantiles, otras.

Regocijo

Verás qué lindos puertos, los de Abona, Médano, Cristianos, Abrigos, Galletas, Adeje y San Juan, por los que se comunican con el mundo los pueblos del Sur.

Verás cuantas casitas, blancas, o de colores, besándose unas con las olas, o retrepándose, otras, por las pendientes de las faldas de las montañas gigantes. Qué roquedales inmensos, formando barrancos y tajos dantescos. Qué hermosas cumbres, recortadas por la línea azul en el espacio y bordeadas de pinos verdinegros. Y qué crestas erizadas de picachos ingentes y fantásticos, que van a clavarse en las alturas del cielo.

Por tierra te llevaré en automóvil hasta donde pueda llegar y, luego, en caballería, o en camello, o a pie, recorreremos todo el resto del Sur y del Oeste.

Pasaremos por los caseríos de Barranco Grande y San Isidro, en donde se celebra una romería pintoresca, en la que no faltan ni el *barco*, ni la bendición del ganado, y desde luego, la comida, la bebida, el canto y el baile.

Cruzaremos las tierras de El Rosario, culminadas por el pintoresco pago de La

Severo Curiá

Esperanza, comienzo de los hermosos pinares de la cordillera central.

Llegaremos a Barranco Hondo, en cuyos paraderos se almuerzan y meriendan manjares bien condimentados. Luego a Candelaria, dejando antes, a nuestra derecha, allí en lo alto, las casitas de Igueste, cual rebaño de blancas ovejas, que pastan en la ladera. Después de rezar a la Virgen, subiremos a Arafo, lindo pueblo, abundante en vinos y frutas. La higuera, el almendro, la naranja y la ciruela nos anuncian que estamos en el valle de Güimar. Hemos entrado en la región de los frutales, de las papas, del vino y del tomate, cuyas avanzadas vimos ya en Candelaria.

Hermosa villa es la de Güimar. Enclavada en el valle más fértil del Sur, es la más poblada y la de mayor riqueza agrícola.

En su término visitaremos la cueva de Badajoz, que sirvió de domicilio a los guanches; el cráter de la Montaña Grande, que forma una caldera ancha y profunda y los manantiales de la *Madre del Agua* y de la *Cueva del Culantrillo*.

Después de serpentear por las cuestas de *La Ladera* y pasar por el Escobonal y por

Regocijo

Fasnia, pueblo de buenas y abundantes papas, llegaremos a Arico, villa-oásis de una extensa región; en la que también se cosecha mucha papa y bastante fruta, especialmente naranja y en cuyas alturas se ven pinares extensos, que suben a asomarse a las Cañadas.

Salvamos el *Lomo* de Arico; pasamos por El Río, otro pequeño oásis; cruzamos unos cuantos barrancos y entramos en Granadilla, cabeza del Partido; pueblo importante, por su fértil vega, agua abundante para regarla, mucha naranja, de excelente calidad, y con una hermosa playa en El Médano, mejor que la de Biarritz.

Sirve de estación de partida para subir a Vilaflor, a donde iremos en mulo, o en camello, y a donde pronto se podrá ir en automóvil.

Verás qué excursión tan deliciosa. Qué pinares tan hermosos y qué alrededores tan pintorescos. Qué aguas tan frescas y qué apetito se nos despierta en aquellas alturas tan salutíferas.

Las cúspides de Guajara y del Sombrero, se alzan a mil quinientos metros sobre el

Severo Curiá

pueblo, a pesar de ser el más alto de todo el archipiélago.

El descenso lo haremos por el camino de San Miguel, acompañados por las aguas cristalinas de una acequia, que, junto al camino y a nuestros pies, irán cantándonos las canciones aprendidas de los gnomos que martillean sus metales preciosos en las entrañas del Guajara.

San Miguel y Arona son pueblos ricos en fincas hermosas y de tierras fértiles. Tienen comunicaciones alámbricas con Adeje y Vilaflor y de ellos parten varios caminos para los puertos del Médano y de los Cristianos y para los pueblos del Sur y del Oeste.

De Arona a Adeje, cruzaremos frente al cerro de las Cofradías y varios barrancos, entre ellos el del Infierno, uno de los más grandes de la isla y veremos, colgadas sobre el abismo, las primeras casitas de Adeje, pueblo que te gustará y en el que sacaremos algunas fotos de sus calles, Plaza, *Casa Fuerte*, casi en ruinas y de *Los Olivos*.

Pasaremos por la Hoya Grande, finca de hermosos platanares y casas rodeadas de árboles y flores. Entraremos a descansar, de

Regocijo

seguro bien acogidos por los empleados de Fyffes y seguiremos, luego, bajando y subiendo por dentro de numerosos y grandes barrancos, antes y después de pasar por Tijoco, hasta llegar a Guía de Isora. Otro pueblo encantador y bastante rico, aunque no de agua, por estar asentado sobre lava y escorias volcánicas. Lo que no fué obstáculo para que los ascendientes de sus hijos fundaran sobre ellas una de las poblaciones más bonitas de la isla, convirtiendo aquel escorial del Teide en un magnífico vergel.

Sirve de nexo a los caminos de los pueblos de las *bandas* sur y norte y tiene un pequeño puerto, en la playa de San Juan, que mira frente a la Gomera.

Saldremos mucho antes de amanecer, provistos de arrieros, mulos y farol, si no hay luna, y subiremos por Chío y Arguayo, pisando lava negruzca, quebradiza y cruji-dora. Y, al clarear el día, pasado el último pago, daremos vista al verdadero Valle de Santiago, desde un sendero tallado en la roca, de la que mana un chorrillo de agua, tesoro de aquel contorno. Veremos, a nuestros pies, el valle, deslizándose, al parecer, hacia el

Severo Curiá

mar. A donde irá, por fin, a morir, arrastrado por los siglos, si antes no lo precipita una brutal erupción del coloso.

Valle Santiago no es más que una corriente de lava, ígnea en sus tiempos, que há siglos se enfrió y petrificó y luego se fué disgregando en la superficie, en la que fecundó y germinó Naturaleza, cubriéndola de árboles, hierbas, plantas y flores.

Verás unas... ¿fincas? extrañas, por su excesiva pequeñez. Las hay que apenas tienen de extensión ¡una milésima (¿qué de hectárea?) de *fanegada!* Allí las verás acotadas por ribazos secos, de escorias de volcán, conteniendo en su recinto una higuera de maceta y unas cuantas espigas de no sé qué cereal. ¡Qué emocionante es la vista de aquellas microscópicas roturaciones, producto de la fé y paciencia del hombre! ¡Cuanto cariño y amor puso para fecundar aquellas piedras calcinadas!..

Los almendros y las amapolas ponen una nota de color y alegría en las tierras carbonizadas, siglos há, por el volcán.

El aspecto del pueblo es el de los de las regiones frías. Hasta su templo parece cons-

Regocijo

truido para aguantar la pesadumbre de las nieves y los zarpazos de las tormentas.

Después del desayuno, proseguiremos nuestro derrotero por una cañada fértil, a ganar la cumbre, antes que la envuelvan las nubes, o la niebla, que hacen su tránsito bastante molesto. Antes de llegar a su base, veremos, desde lejos, algo así como unas monjas procesionarias, que, a medida que nos acercamos, se van convirtiendo en... colmenas. Que no estarían allí si no hubiera flores; ¡muchas flores!

Pasada la cumbre y bajada la vertiente, encontramos una fuente y abrevadero, con cuyas aguas apagan la sed los hombres y los animales. Seguimos por un camino, que más parece zanja en algunos sitios, abierto en tierra húmeda y colorada y llegamos al Tanque, lugar bastante frío y abandonado y digno de mejor suerte.

Luego, siempre bajando, llegaremos a La Culata, cerca de una monstruosa corriente de lava, de visión dantesca, detenida, sin duda de horror, al asomarse a Garachico, que se ve allá abajo, a un tiro de piedra, pero a quinientos metros de profundidad. Este es

Severo Curiá

uno de los panoramas más preciosos que pueden gozarse.

Encontraremos, a poco, la carretera en construcción y bajaremos por sus numerosas vueltas, hasta que en una de ellas se nos aparezca Icod, como una ciudad mágica, en la que descansaremos y en la que nos recogerá el auto, que, en hora y media nos pondrá en la Capital.

¡Pepe! Vámonos a Tenerife. Vámonos en el primer vapor que salga. Yo no puedo resistir más tiempo sin ver nuestra isla. Y a Lolita. Y a mi familia. Vámonos y desde allí arreglas tus asuntos.





VI

Chanito regresa de Cuba.-Lolita CASCABEL sale a recibirlo... a nado



Pepe cada mes aseguraba que era el último que pasaba en Cuba. Pero el de Marzo comenzaba y era largo. Y a Chanito le rogaban, su madre y su hermana, que regresara pronto, para quedarse en los *correillos*, o en tierra. Precisamente abuelita le había dejado lo suficiente para que no navegara. Y Lolita, en carta agridulce, le pedía por favor que volviera en seguida. Porque si tardaba, era capaz de ir a por él, aunque fuera nadando; o encontraría «cerrada por defunción» la-ven-ta-na-de-la-ca-sa-de-la-ca-lle-de-las-Flo-res.

Y se decidió el viaje de Chano, que, al despedirse de Pepe, casi lo asfixia entre sus brazos. Prometiéndole éste que, ocurriera lo

Severo Curiá

que ocurriera, para las fiestas de Mayo estaría en Tenerife.

Y una mañana, espléndida y primaveral, fué señalado el trasatlántico en que venía Chanito. La madre y la hermana estaban en el desembarcadero, en donde también estaba Lolita, con unas amigas, dudando si presentarse a doña Candelaria y a Carmen, para ir con éllas a bordo. Y si no lo hizo, no fué por temor a ser mal acogida, sino por comprender que las primeras expansiones de Chanito debían ser para su familia. Y... porque no le vino a las mientes uno de aquellos prontos que solían arrebatarla.

Pero al poco tiempo de partir la falúa, en que iban la madre y la hermana de Chano, oyó a un empleado del *tren de lanchas*, que tardarían más de una hora en volver. Y se arrepintió de no haber embarcado. Invitó a sus amigas a que la acompañaran. Negáronse éstas; y la contrariedad y la impaciencia, dispararon sus nervios y sobrevino el ataque, y... zás; a otra falúa que partía en aquel momento.

A todo esto había transcurrido un buen rato, y cuando la falúa en que iba Lola estaba

Regocijo

a media distancia del muelle al vapor, se cruzó con otra que venía llena de pasajeros, entre los que conoció a su novio, que estaba de pie al lado de su madre. Se levantó y, gritando: ¡Chanito! ¡Chanito! se botó al agua, sin encomendarse ni al de Arriba ni al de abajo.

Y todo ello en dos segundos; que no dieron lugar a detenerla.

Se hundió; salió a flote; sacudió su cabellera; se orientó y puso proa a... Chanito.

Que, al oírlo y verla arrojarle al agua, se lanzó también; no en socorro de élla, pues demasiado sabía que nadaba tanto como él, sino para recibirla en sus brazos y pagarla con réditos su acción.

Y se reunieron. Y se abrazaron con un brazo, mientras nadaban con el otro. Y sus labios se juntaron, sin importarles nada ni nadie de este mundo. Y... ¡Chanito de mi alma! ¡Vida!—¡Moruchita mía!..

Virado habían ambas lanchas, para recoger a los naufragos. Tanto a los pasajeros que se asustaron, como a los que rieron el percance, al presenciar el encuentro de los amantes y oírlos prodigarse palabras tan

Severo Curiá

tiernas y cariñosas, se les humedecieron los ojos.

Izados a la falúa que tornaba al desembarcadero, se les hizo sitio; se les dió ropas, que se pusieron, por de pronto, sobre la mojada y... nada de ruborizarse Lolita; ni ocultar el rostro; ni ponerse seria... Reía. Reía; sacudiendo todavía su cabecita loca. Reía, enseñando a todos lo felicidad que asomaba a sus ojos. Y miraba a Chanito. Y a doña Candelaria; que sentía unas ganitas muy grandes de... besar a la loquilla aquella que tanto quería a su hijo.

Y... únicamente cesó de reir, cuando Carmita, que hacía rato se estaba ahogando de emoción, rompió en sollozos.



VII

**Vuelve Pepe a Tenerife.-Chanito en la Cabalgata.
Carmen va a cumplir una promesa al Cristo de
La Laguna.-Las AMARGADAS decretan la muerte
de Carmen.-En el borde de la Garañona.
Pepe llega a tiempo.**



últimos de Abril regresó Pepe a Tenerife, siendo recibido con amor y alegría, por Carmen y Chanito.

Este, apenas descansó Pepe, le propuso realizar las excursiones proyectadas en la Habana. Pero, por estar las fiestas al caer, se aplazaron para más adelante. Y entretanto las hicieran, sus novias prepararían sus equipos.

Por aquellos días se había organizado un festival, con un programa típico y curioso; Carreras de *barcos*; *trilla* y *canto del boyero*; *luchas*, juego de *palo*, bailes de *guanches*, *isas*, *folias* y otros cantos y danzas regionales, que

Severo Curiá

recordaron a Pepe las fiestas de Candelaria y La Laguna en los días de su infancia.

Chano le llevó al *fútbol*, a los gallos, a las luchas, al Club Náutico, y, en fin, a todas partes en que había algo que ver.

Y entonces vió Pepe lo que valía Chanito.

En todo tomaba parte y en todo ponía toda su alma y todo su cuerpo.

Y como no había espectáculo en que él no interviniera, la noche de la Cabalgata se disfrazó de moro y encaramose sobre un camello. Al llegar a la plaza de Weyler vió a Fidelito con otros pollos *peras*. Comenzaron a mofarse del moro *Ben-alí-Chano*. Este saltó del *camé* y la emprendió a cintarazos con el alfanje, que, de ser de acero y no de madera y estaño, alguno habría salido decapitado, o partido por la mitad.

La *traquina* levantó una de sustos, gritos y carreras, que la Cabalgata estuvo a punto de disolverse.

Fidelito, que vió las de perder, inició una fuga vergonzosa; pero Chano se lanzó tras el huido, que aun alcanzó (*pa tabaco*) un par de puntapiés en salva sea la parte, que le impi-

Regocijo

dieron sentarse cómodamente durante una semana.

Luego se revolvió esgrimiendo el... puño del alfanje, pues este se había deshojado contra una cabeza. Pero unos soldados, que creían habérselas con un moro de verdad, arremetieron contra él, lo desarmaron y lo entregaron a la *poli*, que lo condujo a la *Comi*... En donde, al ser preguntado:—«Total nada. Que le largué a un majadero dos punteras en mitá la cabalgata.»

Contestación que tuvo la virtud de soltar la risa y benevolencia de los agentes. Y, gracias a ello, y a la intervención de Pepe, no pasó la noche en *chirona*.

Pasadas las fiestas, Pepe y Chano, previa licencia de sus novias, emprendieron por tierra la vuelta a la isla.

Aunque mucho quería a Pepe, no le desagradó a Carmen que se ausentara durante unos días. *Ella también tenía algo que hacer y le pareció de perlas la ocasión.

Era el caso que había hecho una promesa al Cristo de La Laguna, si Pepe volvía

Severo Curiá

a sus brazos. Y, dejando un papelito escrito a su mamá, salió, antes que el alba y emprendió el camino hacia la ciudad de los Adelantados.

Todavía estaban encendidas las luces, en lucha con la del amanecer. Pasó el Puente de Zurita, llamando la atención de las personas que venían a la capital. Echó unas monedas en el cepillo de la Cruz del Señor, a cuyo pie se arrodilló rezando. Sobrecogióse, al pasar por el Fielato, con la presencia de los consumidores, carreros y conductores de camiones, que la miraban inquisidores, y subió por la Cuesta Vieja, cuando la luz matutina alumbraba ya su ruta.

Las lecheras, unas *tocando* a sus burras y otras cargadas con cestas, comenzaron a cruzarse con élla. Una, ya ancianita, la saludó con un «Mucho madrugaste, cristiana». Otra, jóven, al parecer dolorida y añorando sin duda amores ausentes, cantaba con tristeza:

No canto por oír mi voz,
Ni porque mi voz es buena,
Canto porque mis dolores
No se ajunten con mis penas.

Y otra, cuasi niña, llevando sobre su

Regocijo

cabecita una cesta, que seguramente pesaba el doble que su cuerpecito, y un trapito blanco ciñendo uno de sus piecezuelos, se lamentaba con voz doliente:

Cómo me duele este pie.

Cómo me duele esta mano.

Todo mi cuerpo me duele.

Mi cuerpecito está malo.

Aquella criatura, *tornerita*, de seguro, añoraba el tranquilo y tibio rinconcito del hogar; el modesto lecho, abandonado a la hora en que el sueño de los niños es más profundo; el dulce amor de una madre, que, según la dijeron, se fué lejos... muy lejos... y no volvería más ..

Y Carmen, presa de fatiga y de ahogo, se paró a respirar y vió colorearse las alturas cercanas. Volvió el rostro y allá, algo a la derecha de la Punta de Anaga, vió el globo incandescente del sol, que salía de su lecho de algas y corales, ruborizando las nubes, al besarlas, y dorando las aguas marinas y la bella ciudad de sus amores.

Al tiempo que otra campesina sanota, encarándose con el rutilante astro, lanzaba su copla interrogante:

Severo Curiá

Ventana ¿por qué te cierras?
Ventana ¿por qué no te abres
Para recibir la luz
Del divino sol que sale?

Y siguió su peregrinaje por la carretera y atajos del Charcón y de Gracia; y, después, por el camino de los Molinos, Santo Domingo y calle del Agua, llegó a San Francisco.

Pasada la puerta del templo, cayó de rodillas y, arrastrándolas, desnudas, sobre el pavimento, llegó hasta el altar, en donde depositó su ofrenda.

Aprovechando la ausencia de Pepe, las *Amargadas* comisionaron a la *Petudita* para que llevara a Carmen una carta de la Habana, con noticias poco favorables para su prometido. Este, según rezaba la letra, era amante de una criolla, guapa y rica, con la que tenía dos hijos.

¡Oh! ¡Esto sí debía ser cierto! Porque coincidía con las sospechas de Carmen. Y le parecía estar viendo a la amante y protectora de su novio; una señora guapísima, con el pelo negro y ondulado... Y veía los niños, cual

Regocijo

si los tuviera delante de sus ojos, sentados en las rodillas de Pepe. ¡Y cómo se parecían a él!.. Pero ¿cómo había estado tan ciega, para no ver esto tan claro? ¿De donde, sino, la fortuna de que hacía gala, tan rápidamente adquirida? ¿Por qué tardó tanto en volver a Tenerife; por qué no se desprendió ya de sus negocios de Cuba; y por qué anunciaba otro viaje, para acabar de arreglarlos?.. ¡Oh! ¡Qué infamia!

Todo esto no lo dijo en voz alta, porque estaba presente la petudita, mirándola fijamente, como queriendo sondarle el corazón. Y, aunque este destilaba amarguras de hiel, Carmen sonrió y habló tranquila; con indiferencia; como si la noticia no la afectara profundamente.

Pero, entretanto, algo, que abrasaba, caía en su corazón. Algo borroso nublaba sus ojos; y una garra, áspera y sarmentosa, parecía apretar su garganta.

Tras breves palabras de consuelo y aconsejadoras, marchóse la petudita, que de haberse demorado un minuto, habría oído los sollozos asfixiantes de Carmen y habría presenciado la caída de aquel cuerpo, virgen, en

Severo Curiá

la tierra y... de aquella alma dolorida, en el abismo de la desesperación.

Tras noche horrible de insomnio, llanto y dolor, decidió Carmen buscar el olvido en la muerte. Escribió a su madre, diciendo que iba a Tacoronte, a cumplir otra promesa; montó en el primer automóvil que salía para el Norte; se apeó en Tacoronte y, después de rezar en la iglesia del Cristo, se dirigió al Sauzal.

La niebla invadía la banda de aquel lado, desde el mar hasta Ravelo y el Cantillo, envolviendo con blancos y sútiles vellones las casas y caminos de aquellos contornos.

Carmen cogió por el de abajo y llegó al Calvario. Escuchó, para orientarse, el ruido del mar, que apenas logró oír y, cuando creyó hallarse a la altura de La Garañona, abandonó el camino y tomó, a campo traviesa, la dirección del abismo.

Però la niebla, que burla al más experto caminante, desorientó a Carmen, que fué a dar en las casas del Sauzal.

Regocijo

No por esto desistió de su terrible propósito. Tornó sobre sus pasos y, a poco, dirigióse hacia la costa, ya más segura de encontrar el sitio que buscaba.

Y llegó. Allí, a dos pasos, estaba ya esperándola la *Descarnada*, con su guadaña de hielo y prometiéndola el olvido de sus penas y la liberación de sus amarguras, si se arrojaba en sus brazos.

Cuando Pepe y Chano llegaron a Icod, de regreso de su excursión por la isla, ya no encontraron modo de reanudar el viaje hasta Santa Cruz. Y, a la mañana siguiente, cuando ya habían pasado las vueltas de Gracia, se cruzaron, frente a *Chimbesque*, con el auto en que iba Carmen. Y esa telepatía, corazonada, o atracción misteriosa del Amor, hizo mirar a Pepe y conoció a su adorada. Pero Chano, a quien se lo dijo, hizo burla de él, diciéndole que veía a Carmen por todas partes.

Y, a poco, cuando llegaron a casa, doña Candelaria, que había encontrado en el suelo la carta fatal, se la mostró a Pepe, al mismo

Severo Curiá

tiempo que le llamaba canalla y otras lindezas por el estilo.

Dijole Pepe que aquello era un anónimo infame y Chano también se lo aseguró. Y entonces les mostró el escrito de Carmen: «Mamá querida, no te afligas si tardo. Voy a cumplir otra promesa al Cristo de Tacoronte. Perdóname.»

—Lo ves—gritó Pepe. ¡Era élla!

Y sabiendo que iba con el alma traspasada de dolor, el recuerdo de la Garañona pasó por su pensamiento como un relámpago. A cuya claridad vió impresas en su memoria las fatídicas palabras que Carmen pronunció en el borde del abismo: «Por aquí me arrojaré si algún día me traicionas.» Y gritó:

—¡Vamos, Chano! Corramos a detenerla. ¡Carmen de mi alma!..

Y lanzaron el automóvil con rapidez vertiginosa. Imposible que no la alcanzaran.

Llegaron a Tacoronte. Entraron en las iglesias. Sí, allí había estado hacía poco. Siguieron el camino del Sauzal, preguntando a cada instante: «Sí, por allí delantito iba. Si andaban diestros aun la alcanzarían.»

Regocijo

Abandonaron el camino, metiéndose en los campos; Pepe por el Calvario; Chano por más abajo y gritando ambos: ¡Carmen, Carmen... Es mentira. Es mentira!..

Quien los vió y los oyó los tuvo por locos.

Y el sol, que a Tenerife tiene por su hija predilecta, fundió la niebla y pintó de oro y rojo las espigas y amapolas. Y brilló en las perlas y diamantes que la niebla depositó en las plantas y en las hierbas. Y las mariposas, de alas pintadas y sutiles, revoloteaban alrededor de los cálices de las flores. Y los grillos elitróides entonaban su canción amorosa. Y las palomas se arrullaban con amor. Y las gaviotas, volando helicoidales por el espacio azul, cantaban también sus amores.

Todo cantaba a la Vida, que es el Amor. Todo cantaba al Amor, que es la Vida.

Y Carmen, ciega y sorda; sin ver, ni oír, a la Vida, ni al Amor; que le tendían sus brazos, para que no cayera en los de la Muerte.

Y llegó a la orilla del abismo. Y hacia él se inclinaba ya su cuerpo, cuando llegó el enamorado y, avalanzándose sobre ella, a riesgo de caer ambos en el vacío y, abrazán-

Severo Curiá

dola fuértemente, a pique de asfixiarla, la arrancó del borde del precipicio. Y élla, lanzando un gemido triste y un apasionado ¡Amor mío!.. se privó, de su doncel en los brazos. Que se aflojaron y volviéronse a apretar, ya más dúlcemente, al tiempo que, juntando sus labios con los de su bien amada, encendíaselos con tremantes besos de amor...





VIII

Bodas dobles.-En el valle de las delicias. La Concha del Médano.-Ascensión al Teide.



a entrado el verano se celebraron las bodas. Y unos querían pasar la luna de miel en el Norte y otros en el Sur; acordando, por fin, hacerlo en ambas bandas.

Escogido el valle de la Orotava, para la temporada primera, se instalaron en el Taoro, como centro para excursiones.

¡Qué días tan felices, en aquel Jardín de las Hespérides! En aquel Puerto de la Cruz «sin calor que ofenda, ni frío que incomode». En aquel pueblo de «buenas calles, buen caserío, buenos paseos por la Marina, buena agua, buenas huertas, en el sitio de Martiánez y excelente jardín en el de La Paz».

¡Qué días en aquella próspera y hermosa villa de la Orotava, reina de las flores!

Severo Curiá

¡Cuanto paisaje pintoresco en sus pagos risueños, y cuanto panorama encantador, desde aquellos caminos de La Perdoma, La Cruz Santa y Los Realejos!

¡Qué tibieza en la atmósfera. Qué bienestar. Qué placidez y felicidad se siente en aquel valle de ensueño!

En el programa de excursiones figuraba la ascensión al Teide, pero todavía hacía frío en las alturas y se aplazó para más adelante.

Y como Lola y Chanito proponían pasar la temporada de baños en San Sebastián, o en Biarritz, surgió la discusión y se decidió por la Concha... del Médano; por espaciosa, de fondo limpio y suave y aguas tranquilas.

Y allá fueron. A lucir sus *toilettes* éllas y provistos, todos, de indumentos y adminículos propios para toda clase de deportes.

Unos días de excursión a Montaña Roja, a las cuevas, a San Miguel, a Granadilla, o a Vilaflor. Otros a cazar, pescar, o a mariscar; y otros en bailes y tertulias, especialmente cuando tocaba allí el *Lanzarote*, o algún otro playero.

Regocijo

De natación, Lola y Chano ponían cátedra, causando la envidia y admiración de los demás veraneates. En las luchas salía siempre vencedor Chanito, excepto cuando se le agarraba Lolita, que lo hacía a las mil maravillas; tan bien como Angelito el lagunero. Y, unas veces por *burra*, otras por *garabato*, o *agachadilla*, siempre le hacía pegar un *lomazo* en el *terrero*.

Y eran de oír los aplausos que se ganaba, cuando tumbaba a su marido. Y era de ver aquella escultura, con su cara morenita, congestionada por el ejercicio, en el que ponía todos sus nervios y coraje. Y aquellos ojos, que echaban lumbre y amor a un tiempo. Estaba... como para comérsela... a besos.

Y muchos le hubiera dado Chanito, de no vedárselo la presencia de los veraneantes.

Pero él tenía que abrir las válvulas a su alegría y... héle allí, sobre la arena, haciendo filigranas con su cuerpo:

Salto y cabriolas de todo género; andar con las manos por la arena y los pies al aire; de espaldas, sobre los pies y las manos; con la cabeza solamente y hasta con los asientos nada más, sin poner los talones en tierra.

Severo Curiá

Todos querían imitarle y las risas se oían hasta en La Tejita.

Y lo mismo las carreras: Unas veces, a ver quien corría más, de espaldas y sin volver la cara; otras a gatas; o saltando en cuclillas; o al *biés*, como los cangrejos. Y tiro de piedra; juego de palo y hasta *boxeo*.

La excursión a Vilaflor fué de las más agradables y divertidas, no faltando en ella lances cómicos, uno de los cuales pudo darles que sentir.

El camello en que iban Pepe y Carmen, al ver un armatoste de pirotecnia, dió una *espantá* y se *zafó* del camellero, dando en tierra con el jóven matrimonio, que salió ileso afortunadamente. Luego se enfureció; sacó la vegiga, gargajeó y tiró una *charascá* a Chani-to, que se salvó de ser decapitado porque el *camé* llevaba *sálamo*.

En Granadilla visitaron un huerto de naranjas, cuyo dueño, un señor atento y amable, de semblante algo asiático, les hizo probar el dorado fruto. Y una de aquí, porque es de sangre; otra de allá, por grano de oro; y de ingerto; y de carne... por poco les tupe los tragaderos.

Regocijo

Chanito, como siempre, batió el *record* y todavía preguntó si había mandarinas. ¿Mandarinas dijistes?... Fuése el buen señor a un rincón del huerto. De unos naranjos chiquitos cogió dos naranjas y, con una en cada mano, los brazos en alto, se las brindó a Carmen y Lola, que dirigiendo una mirada expresiva a Chano, le dijo sonriente: Pero, hombre, que preguntas haces. ¿Cómo iba a estar este señor sin mandarinas?..

Y después de pasar unos días en Santa Cruz y Tacoronte, emprendieron la ascensión al Teide.

Antes de alumbrar el día subían por las calles de áspera pendiente que dan a la de Tiralamanga y al *Juradillo* y llegaron en una hora al *Dornajito*; sitio de parada, desayuno y balcón del panorama sobre el valle verde y el mar azul, que pone una orla de blanca espuma en sus orillas.

Comienza el monte Verde, poblado de brezos y escobones gigantescos. A la hora matutina, ya despejada la niebla y trasmon-tado el sol, brillan las gotas del rocío cual diamantes y perlas en las hojas de los arbus-

Severo Curiá

tos. Las cabelleras de Carmen y de Lola parecen espolvoreadas de aljófara.

Tras Monte Verde las calvas y pedregales, alfombrados de rizados y verdes *codesos*; el *Morro del Cochino*, con tamaño y perfil de suido antediluviano. Luego *La Degollada de la Fortaleza*; o los *Charquitos*; y a descansar y a reponer las fuerzas con un buen almuerzo.

De sobremesa, Pepe dispara la máquina. Chano, con sus acrobacias, hace las delicias de los expedicionarios. El sitio, arenoso, poblado de retamas y de temperatura agradable, es el único para estar siempre en él; durmiendo; o soñando despierto.

El Pico se va viendo cada vez más cerca. En su ladera norte se vé la *Bota del Gigante*; una mancha de lava, cuya forma es la de una bota de montar, y que suscita algún chiste de Lolita. Siguen subiendo por terreno de piedra pómez, hasta Montaña Blanca, en la que se ven algunas bombas, o lágrimas de volcán, tan grandes como elefantes acurrucados. Y allí comienzan las vueltas de *Lomo Tieso*, incontables y poco menos que inaccesibles.

Los mulos van regando, con su sudor, el sendero cruel. Se paran a cada instante, pa-

Regocijo

ra respirar con rápido ijadeo y dispnea asfijante. Los arrieros se agarran a la cola de los mulos. También ellos se sienten morir de asfixia y cansancio. Lola y Carmen miran compasivas a los hombres y a las bestias y desean apearse de las suyas. Chano y Pepe ya lo hicieron. Pepe piensa si aún habrá quien crea caro el estipendio de los arrieros. Y se acuerda de las Sociedades protectoras de animales. Y vé, con el pensamiento, los cremalleras y funiculares, tendidos sobre las Cañadas, Montaña Blanca y el Pico.

Llegan al refugio de Alta Vista a las seis de la tarde ¡después de once horas de camino desde la Villa!

Alongándose desde el borde de la explanada, frente a la caseta, vieron el del cráter; allá arriba, a gran altura. Y vieron las *fumarolas* del volcán; unas nubecillas, tan tenues y tan sutiles, que no se verían, de no ser arreboladas por los rayos del sol poniente.

Cuando los llamaron, para emprender la ascensión a la cima, mucho antes de amanecer, Lola se sintió enferma del *Mal de las montañas*. La dispnea, frecuencia del pulso y

Severo Curiá

pesadez de cabeza, aconsejaban el descenso de aquellas alturas.

—Qué pena. Desistir ahora; ¡tan cerca de la cima! Vamos Lolita; no seas cobarde. Yo te subo en brazos. Anímate.

—Ay, Chanito; yo estoy muy malita. Vámonos a Santa Cruz.

—Sí. Ahí cerquita.

—Bueno; a la Villa.

—Mira que llegar hasta aquí y no ver el cráter; ni la salida del sol; ¡ni la sombra del Teide!..

—Pero no puedo. Siento mareos y náuseas. Yo estoy peor de lo que tú crees. Me parece que estoy... y terminó la frase al oído de Chanito.

Que salió escapado del refugio; despertó a los arrieros y encargó a las suyos que prepararan las bestias y anduvieran diestros.

Volvió a entrar. Convenció a Pepe para que subiera al cráter con Carmen; (que él y Lola los esperarían en donde almorzaron); confortáronse con el contenido de los *thermos* y, entre gozoso y triste, fué descendiendo a pie, tras del mulo que llevaba a Lola, hasta dar en la Montaña Blanca. Luego, ya monta-

Regocijo

do Chano, siguieron descendiendo, despacio, hasta que llegaron a los *Charquitos*, en donde hicieron alto y en donde Lola se sintió mejor; recuperando el buen humor y las ganitas de comer.

Pepe y Carmen emprendieron, pecho arriba hacia la cima, envueltos en la oscuridad, que en vano intentaba romper el farolillo del guía y llegaron a la *Rambleta*, en donde el volcán alienta por dos pequeños agujeros, que son las *Narices del Teide*.

Atraviesan una barrera de escoria ne-gruzca y llegan a la base del inmenso y cónico *Pan de Azúcar*, cuya ascensión no tiene nada de dulce, a pesar del nombre.

Retrocediendo la mitad de cada paso que dan, en aquel terreno removido, de tierra y grava blanquecinas, alcanzan, por fin, el borde del cráter, cuando ya el horizonte se va tiñendo de rosa y carmín; colores que aumentan los del bello rostro de Carmen, cuyo pecho levanta y ensancha el último esfuerzo realizado para llegar hasta allí.

Miraron ambos hacia abajo y vieron las Cañadas, hundidas aún en las sombras del

Severo Curiá

crepúsculo matutino; los edificios del Sanatorio, que empezaban a blanquear en la penumbra; los peñascos del Guajara algo más claros y allá, al frente y cercana al parecer, la isla de Gran Canaria.

De la isla de La Gomera solo veían una franja de su costa. Allí; casi a sus pies; por estar sus alturas cubiertas por las nubes, que tapaban totalmente la del Hierro y envolvían casi toda la de La Palma, dejando ver solamente los picos más elevados, que sobresalían de la envoltura.

Recogiendo la mirada, vieron blanquear otro mar de nubes, que flotaba a mil metros sobre el de las aguas y a dos mil por debajo de sus pies, entoldando los valles y pueblos del Norte de Tenerife y no dejando asomar más que los picos que, desde Pero Gil (parecido a un islote) venían escalonándose hasta el en que ellos estaban.

Y rompió, por fin, el horizonte el rojo disco solar, tiñendo de oro y grana, durante unos momentos, las nubes que velaron su sueño; poniendo blancor de nieve en las que envolvían al Hierro y a la Gomera y una mi-

Regocijo

rada parpadeante y deslumbradora en la isla de Tenerife, que enrojeció de placer...

Y concentró luego sus rayos en el pico del Teide, proyectando su sombra mágica, excelsa y grandiosa en el espacio; sobre los mares; en forma de pirámide nítida y azulada.

Y Pepe, contemplando aquel espectáculo extraordinario, *único* en la Naturaleza, se olvidó, durante largo rato, del frío... del cansancio... de las fatigas pasadas... De todo... Hasta de Carmen. Que también contemplaba, en éxtasis y arrodillada, la ¡MARAVILLA DIVINA!!!



